París, 1393

I

Y de repente el verano estaba allí. Como muchas veces, había llegado antes que la primavera. El nuevo calor cayó sobre nosotros, se precipitó de improviso desde un cielo de invierno aún glacial, como un gato que se abalanza sobre un ratón desprevenido.

Uno debería haber prestado atención al aviso de los pájaros, que antes del alba ya iniciaban su estruendo. Una de las pasadas noches se quedaron ante mi ventana: trinaron y silbaron de tal modo, que ningún cristiano podía dormir tranquilo. Pero luego, cuando llegó la hora de ponerse en pie y salir de mala gana al miserable mundo, los barulleros ya habían callado. En todo caso yo estaba demasiado ensimismada en mis propios problemas, así que no supe identificar estas señales.

El Sena, que ayer aún era de plomo fundido, echaba chispas blancas. Y allá, en la hierba, brillaban cientos de manchas amarillas dentadas. ¿De dónde habían salido?

Por lo menos los arbustos y los árboles conocían su deber y se mostraban sin hojas. Los huertos de los jardines estaban pelados. Los expectantes regueros tendían hacia el río. En las yemas nudosas y plateadas de nuestras higueras se habían aposentado diminutos clavos verdes. Tampoco los higos habían tenido tiempo suficiente para vestirse de manera adecuada.

El raído y pequeño abrigo con el volante de piel de ardilla que me había puesto para la audiencia con el notario me daba demasiado calor. Aun así no me atreví a quitármelo porque el vestido que llevaba debajo se encontraba en un estado aún más lamentable: tan desgastado que en la espalda y los codos asomaban las enaguas.

¿El verano llegaba siempre tan de repente? Hacía tiempo que ya no prestaba atención a los cambios de las estaciones. Un par de días atrás la tierra aún estaba helada; la única bendición que, según mi parecer, trae el invierno. El súbito deshielo había convertido las calles laterales en un lodazal y despertado olores que nadie echaba de menos. Todos los componentes del arroyo callejero –los excrementos, la orina y los restos de comida mohosos– apestabán cada cual más que el anterior: a agrio, a podrido, a amargo, a un dulce nauseabundo. Mientras caminaba, apretaba contra mi nariz una bolsita de lavanda. A lo largo de la primavera uno se acostumbra al hedor.

¿Cómo se diferencia la basura generada en París de la de otras ciudades? ¿Acaso producimos menos? Falso. ¿Producimos más? También falso. Os lo diré: en otras ciudades, sobre todo del sur, la gente amontona la basura junto a sus casas, al pie de los muros, y arroja cebollas encima. Aquí se lanza todo con una amplia parábola en medio de la calle. Una solución elegante al problema. Por este motivo los pobres viandantes como yo nos vemos obligados a transitar por los lados levemente elevados de la calzada. Además, los caballos y los vehículos aplastan y dispersan las inmundicias. Tras su paso nadie sabe decir de quién es cada cosa.

Existe un decreto real según el cual cada súbdito es responsable de dejar su basura a una distancia adecuada de su puerta. Como es natural, casi nadie hace caso de este decreto. A veces la situación es tan terrible, que el misericordioso monarca, si es que en ese momento es consciente de ello, proclama uno nuevo, que merece la misma atención que los anteriores.

Miraba con cautela dónde pisaba. No se trataba de echar a perder mi último par de buenos zapatos. Un caballero de posición acomodada venía a mi encuentro y ya desde lejos agitaba su bastón de plata. Sí, sí, ya lo sé. Rápidamente salté dentro de un portal, para dejarle libre el paso.

–*Gare! Gare! Gare!* –una llamada desastrosa, a la que siempre sigue el contenido de una jofaina de noche.

Eso es algo más que distingue a Francia del resto de los pueblos: sólo los bárbaros disponen para sus necesidades nocturnas de «botes» o «cubos», mientras que nosotros utilizamos el *vase de*

nuit. Su contenido es en todos los casos desagradable y gracias a mi cortesía el gran señor recibió su parte y no yo. De mejor ánimo me largué de allí.

Mi camino me llevó, paralelo a la orilla del Sena, por la Place de Grève, un lugar de mala reputación que, no obstante, se hallaba hoy tan reluciente y recogido como cualquier mercado de paños, y la torre de la iglesia de St-Jacques, que domina todo el barrio con su alto e imponente campanario, compuesto de tubos de flauta de piedra y tan cargado de adornos que recuerda a un juguete grotesco. Las torcidas casas, con sus arcos y tejados angulosos, se aprietan la una contra la otra como la multitud en una ejecución. Las mujeres charlaban en las entradas, como siempre, lanzaban las inmundicias afuera y caminaban hasta el mercado, con el cesto al brazo y los niños agarrados de sus faldones. Uno de ellos me hizo una mueca y yo le saqué la lengua y biqueé.

La Grande Rue St-Martin es una de las calles adoquinadas. Incluso cuenta con acanaladuras para los desechos, pero cada vez que llueve se embozan. Aquí se encuentran las casas de los nobles y ricos, los *Hôtels* y *Palais*. Entré en la casa del notario Armand de Béraude perdiendo poco a poco mi valentía. Una ancha escalera de piedra arenisca amarilla conducía a la escribanía. La puerta del secretariado estaba entornada y accedí al interior.

Ante mí se abrió una habitación amplia y revestida de madera de cerezo rojiza, con alfombras en el suelo. Los tapices que colgaban de las paredes eran con toda seguridad de Flandes. Conocía sus motivos de memoria: bucólicas escenas que mostraban a pastores con coronas florales y ovejas felices, gráciles doncellas al cuidado de los gansos, un carretero (vestido como un noble con un jubón y mangas blancas) y su rocín bien alimentado. Una Justicia, severa y digna de confianza al mismo tiempo, extendía sus brazos. ¿Realmente estoy ciega o veo que allí el paño se ha deslizado un poco, y el dinero desequilibra una de sus manos? No, debe de tratarse de mi terrible fantasía.

A menudo, mientras monsieur Béraude gustaba hacerme esperar, me había hecho preguntas y tomado notas frente a estos tapices. Mi caso no era especialmente interesante para él: la mujer y la hija de alguien que ya no estaba allí, de un colega muerto, se habían

reducido a la miseria en el momento del óbito de éste. El valioso sello de procedencia, la firma, carece ya de valor. La mujer de un muerto muerta está. Así es.

Creedme, no siempre he sido tan cínica. Me llamo Cristina de Pizán, hija de Tomás de Pizán, astrólogo de la Corte del rey Carlos V al que llamaban el Sabio. Tuve la suerte de disfrutar de una infancia feliz y libre de preocupaciones en la Corte y en las fincas de mi padre. Y mayor suerte aún al ser criada junto con mis dos hermanos. En lugar de dedicarme a tejer y bordar –y muy a disgusto de mi madre, que hubiera preferido «que me ocupara de la hilaza», como ella gustaba de decir–, aprendí latín, griego y hebreo, italiano, algo de alemán y un par de palabras de inglés, que en todo caso he olvidado por la falta de práctica. Además de esto, mi padre me enseñó álgebra y filosofía. Comparado con su enorme saber, seguramente lo que yo recibí fueron migajas, pero algo es algo.

Y entonces sucedió la desgracia. Primero murió el buen rey y en su lugar pusieron a un niño en el trono. Regían sus cuatro tíos: Burgund, Anjou, Bourbon y el duque de Berry. Se enriquecieron sin miramientos. Se produjeron revueltas y se derramó mucha sangre. Aún recuerdo el miedo que pasé de pequeña, cuando la chusma enfurecida se agolpaba en la calle agitando todas las armas de las que se había apoderado: hachas, cuchillos, guadañas, espetones y algunos arcos, que habían mantenido ocultos bajo las camas. Nos hallábamos asomados a la ventana de la torre, las puertas habían sido cuidadosamente cerradas con cerrojo y atrancadas con muebles. Yo lloraba desconsolada; uno de mis hermanos realizó desde la ventana un gesto provocador. Mi padre lo cogió del cuello y le dio la primera bofetada de su vida.

–¿Cómo se te ocurre? ¿Quieres que descarguen su rabia contra nosotros? ¡En la disposición en que se encuentran te destrozarían en mil pedazos!

–¡Pero si se trata de nuestros vecinos! ¡Nos conocen!

–¡Estúpido jovencito! Escúchame. Una muchedumbre como ésta es como un animal rabioso: echa espuma por la boca y muerde y no conoce a nadie en el mundo, ni a un rey ni a los amigos o vecinos. ¡Quien atisba una chusma así debe esconderse en el primer

agujero que encuentre y no atraer las miradas hacia él! ¿Lo has entendido?

Mi hermano asintió atónito y yo dejé de lloriquear.

Cargaron contra las autoridades y los judíos. Se bajaron los impuestos temporalmente, para después subirlos el doble, cuando el pueblo ya se había desfogado y perdido la fuerza del momento. Como es lógico, en medio de todo ese revuelo nadie volvió a acordarse del doctor Tomás de Pizán, aunque sus rivales afirmaban que el rey había muerto por su dejadez. Sólo cuando ya era demasiado tarde, el joven monarca se dignó agasajarlo con doscientos francos de oro. Entonces mi padre murió.

Mientras tanto, yo me casé. Étienne Castel era secretario real. Todos nosotros vivíamos de sus ingresos en la torre Barbeau, junto al Sena, una torre que el viejo rey le había regalado a mi padre.

Étienne era... ¿simpático?, ¿amable?, ¿agradable? Palabras intrascendentes, dejémoslo estar. Nos presentaron y me preguntaron si quería desposarme con él, no se me obligó a ello. ¡Sí quería! Étienne era inteligente y de naturaleza tierna, y me gustó su mirada. No quiero añadir más. Me lo arrebataron. Murió en un viaje, lejos de mí, y he jurado no volver a casarme nunca. Deseo permanecer viuda, porque permanecerá vivo siempre que no aleje de él mis pensamientos y porque no creo que una tenga tanta suerte dos veces en la vida. Le seré fiel.

Y ahora la razón de que esté aquí. Me veo al frente de una casa de mujeres y mantengo a mi madre, a mi tía Marie y a mi hija de trece años, Céline, así como a mi hijo Jean, de once años, que todavía no es un hombre. Además de a la doncella Héloïse y de tanto en tanto a su marido Elías, que no cuenta, ya que, como mercenario, para más fuera que dentro de casa. Mis dos hermanos han regresado a Italia para vivir de las propiedades de nuestro padre. No diré nada contra ellos. Les echo mucho de menos. A nosotros no nos quedó nada para vivir, pues al enviudar las relaciones se vuelven contra uno. Tenemos bastantes propiedades, pero no les sacamos provecho. Somos propietarios de tres fincas fuera de París, así está escrito, pero los gobernantes que allí han puesto malversan el dinero, estoy convencida de ello. Sus informes están repletos de plagas, cosechas echadas a perder, campesinos indolentes, brotes

de peste y bandas de saqueadores. Desde que murió mi marido, nuestras antes ricas fincas ya no producen nada. Curioso, ¿no es cierto? Hay gente que le debe dinero a Étienne, incluso a mi padre, pero no pagan. Y además...

—¡Viuda de Castel! —me saludó cuando ya llevaba un buen rato allí uno de los seis pasantes del notario. Se hallaba sentado en su pupitre, su pluma estaba en movimiento y el rasgueado fue interrumpido. Alzó la cabeza—. Un momento todavía. El señor notario os recibirá enseguida.

Otro de los pasantes ahogó su risa nasal. Cada uno de ellos sabía que el señor notario me haría esperar hasta que los tobillos se me hincharan como melones, confiando en que me fuera por voluntad propia. Pero no se lo pondría tan fácil. Soy la hija de Tomás de Pizán y la viuda de Étienne Castel, secretario del rey. Pero además soy más que la hija o la mujer de alguien: soy Cristina de Pizán, una persona valerosa e inteligente. Estoy absolutamente viva y no permitiré que me dejen sin lo que me pertenece.

«No, no me iré y no cederé.» Así me hablaba a mí misma. Y proseguí con el estudio de los tapices de la pared. Se me hace difícil no quejarme, cuando todo, mire uno hacia donde mire, empeora. Por ejemplo el rey: nada más liberarse él mismo y a su país de las garras de sus codiciosos tíos, a quienes puso a buen recaudo, y nada más poner de nuevo en su lugar a los viejos consejeros de su padre, sufrió un repentino ataque de locura, el primero de los muchos que seguirían. En un bosquecillo de Le Mans se le apareció un carbonero vestido con pieles y le gritó algo, y el soberano se asustó de tal forma, que inició el ataque espada en ristre. Y como está claro que los caballeros no querían librarse de su señor con las armas, mató a cuatro de ellos e hirió a muchos más antes de que pudiera ser neutralizado. Tras un par de semanas parecía de nuevo sano, pero me preocupa que haya salido a su madre, en cuyo caso dentro de poco sus tíos volverán a tomar las riendas.

Las bonitas y artísticas escenas de las paredes de la escribanía ejercieron su efecto. Aunque sé que no reflejan de ninguna manera la realidad, siempre me tranquilizan. Aparecieron otros dos clientes. Primero un prelado con unas vestimentas muy a la moda, colgantes de oro y zapatos de puntas muy acentuadas bajo la sotana.

Después, una señora con un vestido de seda de color rosa, a través de cuyo corte central se tenía una buena vista de su ropa blanca y ricamente bordada. Su cabello estaba trenzado y recogido sobre las orejas. Llevaba un moño tan alto que sólo pudo acceder a la habitación inclinando el torso. Ambos arrugaron la nariz al contemplar mi lamentable estado. Para ellos la pobreza era como un mal olor, de alguna manera penoso. Me observaron un momento y rápidamente desviaron la mirada.

A ella le trajeron un taburete. Ya se conocían, pues se sentaron uno junto al otro y cuchichearon sin mirarme. El escribano más próximo a ellos hizo una observación a media voz. «Viuda de Castel», cogí al vuelo, y de nuevo oí la odiada risa nasal.

Muy pronto se hizo entrar a la dama y justo después de ella al clerizonte. Transcurrió el tiempo pertinente. El notario apareció en la puerta y se despidió de una y de otro con muchas reverencias y rimbombantes cortesías. Ambos pasaron murmurando junto a mí. De nuevo era la única que esperaba la atención del magistrado. En la escribanía reinaba el silencio y sólo se escuchaba el rasgar de seis plumas y el agitado raspar de la cuchilla cuando alguno se había equivocado. Se oía el respirar de los escribanos concentrados y el lento correr de la arena en el reloj.

Me dirigí hacia la ventana y me recreé contando los botes en el Sena. El sol progresaba en su ruta alrededor de la Tierra. Me fui adormeciendo y dejé caer el ajado abrigo, que llevaba como una estola sobre mis espaldas. Qué amable por mi parte: así le proporcionaba un nuevo motivo de hilaridad al pasante que reía por la nariz. Finalmente, el notario hizo que me avisaran.

—Buenos días, monsieur Béraude. Espero que la vida y todos los santos os traten bien. Estoy segura de que sois merecedor de ello —le dije al entrar.

El notario no se puso en pie para saludarme, sino que tan sólo señaló rápidamente un sillón que se encontraba frente a su escritorio. Tampoco me ofrecieron ningún refrigerio, pese a que me había hecho esperar unas tres horas.

—¡Vaya saludo más fantástico, madame Castel! Os agradezco vuestros buenos deseos. ¿Y vos?, espero que no tengáis quejas. —«Dejadme en paz, no deseo oír nada», quería decir con esas palabras.

—Qué va, mis hijos se visten con brocados de oro y juegan con perlas; nos alimentamos de nata y miel. Lo que ocurre, querido señor notario, es que tengo la odiosa característica de una cierta tendencia hacia el egoísmo. Quiero lo que me pertenece por derecho.

El rostro carnoso del notario se sonrojó levemente.

—La herencia restante de mi marido. ¿No me dijisteis vos hace... tres años, que se resolvería con facilidad?

—Mirad, viuda Castel, sois una mujer informada y leída. Sabéis muy bien cómo ha cambiado la situación política. ¿Qué puedo hacer si el rey no está en condiciones de firmar un documento? Habéis de tener paciencia.

El viejo zorro no había hecho prácticamente nada desde mi última embestida; al contrario, sólo había cobrado un montón de impuestos por supuestas escrituras y tiempo dedicado. Así y todo, no me hacía propuestas deshonestas como el anterior representante de su gremio. «Si fuérais un poco más amable estoy seguro de que entonces podría ayudaros...»

—Monsieur, la condición de mi marido y sus derechos, vos mismo me lo habéis dicho, son incuestionables. Y los documentos de pago no tiene que firmarlos el monarca en persona. Todo estaría en suspenso si una bagatela como ésta dependiera de él. Tened la bondad e intentadlo a través del tesorero. E informadle, os lo ruego, de lo precario de mi situación. No es razonable que los hijos y la viuda de un hombre de tanto mérito acaben en la miseria.

El notario manoseó su cadena de oro sobre el pecho y después empezó a toquetear los papeles que tenía sobre la mesa frente a él.

—Sí, por supuesto, madame, con mucho gusto probaré todos los caminos. Pero ¿qué pasa con mis honorarios?

Ah, ése es el motivo: quiere sacar más provecho de la situación.

—¡Monsieur, ya os he enriquecido suficientemente y como contraprestación hasta la fecha no he visto el más mínimo resultado!

De forma poco inteligente salté y le mostré mi enfado. «¡Vaya, cómo es que no me puedo controlar!»

—¡Madame, tranquilizaos! —dijo el viejo miserable con semblante severo—. Hago por vos todo cuanto está en mi mano, pero tengo desembolsos que cubrir en el juzgado. Debo... mmm... remu-

nerar a las personas con las que colaboro. Tuve que conseguir papeles, ya que desgraciadamente vos no pudisteis presentar ninguno...

Me dejé caer de nuevo sobre el taburete. Ahora debía tragarme los sapos.

–Disculpad, monsieur Béraude. Mis excesivas preocupaciones me han llevado a perder por un momento mis buenos modales.

Sonrió e hizo un ademán desdeñoso con la mano enjovada. Una familia podría comer y vestirse durante un año entero con la venta de cada uno de esos anillos. Deseaba estrangularlo. En lugar de ello me mostré toda simpática y, pensando en mis hijos, le dije con zalamería:

–Distinguido magistrado Béraude. Este caso no puede suponer para un grande de las ciencias del Derecho, que ha cursado estudios en Bolonia, dificultad alguna. Se trata sólo de una menudencia; con vuestros contactos, una simple formalidad. El caso está muy claro. ¡Y yo necesito el dinero! He acudido a vos por vuestra fama como abogado de los oprimidos.

No se inmutó.

–¡Oro, madame!

No tenía nada.

–De acuerdo, Béraude, haremos que vuestro sueldo dependa de vuestra destreza –dije con los dientes apretados–. No necesitáis presionarme más. No tengo dinero y tampoco dispongo de nada que vender. Os ofrezco en lugar de ello el sueldo de un mes de mi marido en el caso de que me consigáis el dinero pendiente. Además de la suma que ya habéis recibido.

En su rostro apareció una sonrisa de satisfacción. Los ingresos mensuales de un secretario del rey no son una bagatela, en el caso de que se paguen. Con una agilidad inesperada, el notario se puso en pie, abrió violentamente la puerta de la sala de espera y gritó:

–¡Robert, ven aquí!

Se oyó el estrépito de una silla, el crujido de las hojas que se recogen de forma precipitada y pasos rápidos sobre el suelo de madera. Apareció uno de los escribanos, un muchacho delgado y alto con una nuez prominente. Daba la impresión de que su cabeza pendía únicamente de un cordón, como un pajarito desplumado.

–Robert, escribe...

El escribano se sentó en un pequeño pupitre a la derecha del notario y cumplimentó al dictado un pagaré.

–Si sois tan amable, madame, firmad por favor aquí.

Lo firmé, qué podía hacer. Pura extorsión. Pero si con ello ayudaba a acelerar la solución del asunto, bienvenido fuera. Me dirigí hacia la puerta y luché por aparentar que no había sido apaleada. Al fin y al cabo la dignidad era todo lo que me quedaba.

–¡Madame Castel! –me llamó el viejo zorro por detrás–. Os ruego que os abstengáis de visitarme aquí. En cuanto tenga novedades os enviaré un mensajero.

Reí. ¿Tan desagradables eran mis visitas? En tal caso las repetiría a menudo. Quizá debería llevar conmigo a los niños o, mejor aún, pedir prestado un bebé bien gritón.

En las escaleras me desperecé y estiré, aunque con mucha cautela. Oí cómo crujían los dobladillos. En mi bolsa llevaba un par de monedas. Mi madre me había puesto un pequeño cesto de mimbre en la mano y me había encargado que fuera al mercado de aves de Notre-Dame. El Pont Notre-Dame era, junto con el Pont aux Changeurs río abajo (puente de los Cambistas y usureros) y más abajo todavía el Pont aux Meuniers (puente de los Molineros), el último de los tres viejos pasos, cerrado al público, bajo el que se mueven, una pegada a la otra, las ruedas de molino. Para las barcas sólo hay disponibles dos pasos laterales. Se aprovecha cada vara del río. Algunas hileras de casas río abajo enfrente de la Île de la Cité conforman el barrio de los matarifes. Allí el Sena está teñido por la sangre de los animales. Bancos de sinuosas anguilas negras se arriman a los cadáveres destripados que arrastra la corriente perezosa y comen hasta hartarse. Los huesos relucen blancos hasta el tuétano.

Me recliné sobre la balaustrada entre dos casas del puente. Sí, debía de tratarse de la primavera. Pequeños y nerviosos grupos de espléndidos ánades perseguían a supuestas féminas. Blancas gaviotas marinas cortaban el aire con sus gritos afilados. Una pareja de cisnes nadaba sosegadamente a la sombra del Pont Notre-Dame. ¿Era posible que durante las pocas horas que había estado aguardando al notario los árboles se hubieran tornado aún más verdes? Sí, realmente, esa impresión tenía. El sol parecía festivo, los

transeúntes amables, los vestidos más bonitos y de mayor colorido, y con seguridad había logrado que el viejo zorro se pusiera manos a la obra ante la idea de más ganancias a la vista. Todo iría bien.

Île de la Cité, la parte más antigua de París. Luis el Santo se hizo construir aquí un bonito castillo, pero como tal ya cumplió su cometido. Lo conocía bien por dentro, por así decir, fui una asidua. Entretanto se había convertido en el Palacio de Justicia y en la Conserjería. Los reyes se privaron de él tras comprobar que cuando se producía algún alzamiento popular estaban allí demasiado expuestos. Aparecí entre el gentío frente a la catedral. Después de la espera en el enmohecido despacho, me parecía como un baño de vida. Notaba cómo los cuerpos tendían hacia mí y me rozaban con su calor, cómo olían de diferente manera, algunos a aceites perfumados, otros a sudor e incluso a ajo. Si la vestimenta delataba otros cargos en la jerarquía de la suerte material, los rostros que desfilaron frente a mí mostraban sin embargo toda una paleta de los sentimientos y estados personales de cada uno. Todas esas miradas, roces y olores me decían que no estaba sola; que era parte de un todo de amor, lágrimas y alegría. El hecho de que los demás tuvieran preocupaciones similares a las mías hacía que las propias no me parecieran tan importantes.

Con placer me dejé llevar. En sus buhonerías, los tenderos tenían a la venta bolsas de cuero coloreadas, pañuelos de color, cintas, lazos, y lo necesario para la casa: cuchillos, cucharas de madera de todas las medidas, soperas relucientes, delicados mondadientes (supuestamente de plata). Se cruzaban a la gente en el camino y a grito pelado les ofrecían su mercancía. Me detuve frente a una mesa. Ofrecían adornos baratos de lana coloreada y restos de metal pulidos, perlas de caolín esmaltadas y vidrio, elaboradas con mucho gusto. Especialmente una pieza llamó mi atención: una gargantilla de color esmeralda, dividida en seis y con un trozo de vidrio rojo en el centro. A Céline, con su bonito cabello oscuro, le quedaría muy bien.

Pero no, ni esto me podía permitir ahora. Con energía negué con la cabeza y proseguí mi camino, sin ni siquiera mirar al vendedor a la cara. Sólo lograría que me enredara y no nos podíamos permitir esa baratija. No, estaba decidido... No, pero... Me imaginé

el rostro delgado de Céline y cómo resplandecería. Ya tenía trece años, y a esta edad una quiere gustar a los chicos. Giré sobre los talones y me enfrenté resuelta con el hombre de antes:

—¡Disculpad, señor!

—¡Id con cuidado!

Me abrí paso hacia atrás y luché contra la corriente humana hasta que alcancé el lugar donde había estado el vendedor de joyas. ¡Se había ido! Su sitio lo habían ocupado ya otros dos: uno vendía cepillos y el otro pieles de conejo.

—¿Adónde ha ido el hombre que vendía joyas baratas, joyas de lana y vidrio? ¿Dónde está?

Ambos sacudieron la cabeza. Lo llamé y busqué, de repente parecía tan desesperada que daba la impresión de que mi suerte dependiera de esa maldita gargantilla, hasta que al fin alguien me llamó por encima de las cabezas de los transeúntes:

—¡Todo recto por allí, madame! ¡Hacia la Misère!

Le hice un gesto de agradecimiento y me abrí paso entre el gentío con renovadas energías, lo que me supuso no pocos empujones y pisotones. Al final la callejuela se abrió a la plaza frente al Palacio de Justicia y allí pude respirar. Miré a mi alrededor. ¡Y entonces vi cómo la mesa con los objetos resplandecientes desaparecía bajo las arcadas!

—Alto —le grité, y salí corriendo—. ¡Alto, el de las joyas!

Gracias a Dios me había oído. Se giró y se detuvo. No se trataba de un tendero, sino de una joven no mayor que mi Céline. Una chica con espesa melena oscura y ojos como dos aceitunas negras, una gitana errante.

—Zabía que volverías —me saludó con una sonrisa en cuanto la alcancé resoplando.

—¿Y entonces por qué no te has quedado allí? No empieces conmigo esa locura de la buenaventura —le advertí—. No tengo dinero para que me sonsaques. Sólo quiero una joya para mi hija, que es algo más joven que tú. Pero no puede ser cara.

La pequeña alzó con agilidad varias piezas a la luz y dejó que el vidrio brillara.

—¡No é mú caro y é mú bonito! Si no, no hubieras corrió tras de mí —dijo altiva.

Conseguí la «presiosa piesa» por una blanca y dejé que desapareciera en mi bolsa. Mi madre me regañaría, pero yo estaba contenta.

Después volví a abrirme paso por segunda vez por la Rue de Triperies, el callejón de las Casquerías, pasando por las cocinas abiertas donde se cocía la carne, cuyo interior se podía ver y, por desgracia, también oler. El olor de la vieja grasa reutilizada y del vino agrio me vino de frente e intenté proseguir mi camino.

En el mercado me asomé a los puestos. Los gansos alargaban sus largos cuellos a través de las anchas aberturas de las jaulas de caña y trompeteaban destemplados. Las gallinas vivas, colgadas de las patas en haces, protestaban agotadas por el trato recibido; los polluelos piaban bajito y sólo se les oía porque eran multitud; los patos cebados se acurrucaban indolentes con la membrana cubriendo medio ojo. Se ofrecían huevos de todas las medidas y colores; había pirámides de huevos de gallina blancos y de pato marrones, cestas de hierba repletas de huevos de codorniz, recién robados del nido, junto a asados preparados y tarrinas de pájaros cantores. Toda esta oferta sobrepasaba el contenido de mi bolsa. Mi estómago gruñó con estruendo y abochornada puse la mano sobre mi vientre.

Mi madre me había encargado comprarle algún resto de carne para la sopa. Para mi ofensiva, busqué el puesto más escondido, más pequeño y menos concurrido. Una vieja gruñona se encontraba acurrucada sobre un banquillo y únicamente contaba con una mercancía escasa y nada atractiva para ofrecer en una cesta. Un par de gallinas sucias, severamente afectadas por la muda de las aves, dejaban colgar sus cuellos por el borde como flores marchitas.

—¡Ya lo ves! Esto es todo lo que esos bribones me han dejado.

—¿Bribones? —le pregunté decepcionada—. ¿Es que las compañías vuelven a las andadas?

Hacía cuarenta años que el país se encontraba entre la disyuntiva de entrar en guerra, que sólo debían sufrir determinados territorios, o la paz, durante la cual las compañías sin trabajo se dedicaban a saquear todo el país de igual manera.

—¡Tonterías! ¡Mis hijos! Tragan como príncipes, cada día carne, mientras dejan que yo vaya a trabajar. Pero paciencia, pronto ten-

dré una nuera a la que podré dar órdenes y que trabajará para mí, ¿me entendéis? –me guiñó el ojo con ademán astuto.

–Lo tenéis bien planeado, madrecita –le contesté–. Pero ¿no sería mejor ser amable con vuestra nuera y que fueran vuestros hijos los que trabajaran?

–¿Y por qué?

–Me refiero a que las mujeres debemos apoyarnos mutuamente. ¿Por qué habríamos de maltratar a las jóvenes para que después se conviertan en viejas malvadas?

Apretó los labios, que en todo caso ya tenían forma de línea.

–¿Desde cuándo las mujeres se apoyan las unas a las otras? ¿Qué nueva moda es ésta? ¡Vaya locura! Las jóvenes deben obedecer a sus maridos y a sus suegras. Así ha sido siempre. Sólo cuando una mujer es vieja tiene derecho a abrir la boca, ¿si no, qué nos resta en la vejez?

Me quedé con ganas de decirle alguna cosa más, pero lo dejé pasar. «Cristina –me dije–, éste es el lugar equivocado para intentar convertir a alguien. Lo mejor es que compres algo para comer.»

–Abuela –le dije–, vendédme algo bueno para la sopa. Pero no una gallina entera, eso no me lo puedo permitir.

–¡Acaso pensáis que voy a destripar una gallina para vos!

–Venderíais mejor un pollo destripado y despiezado, así no se vería que están mudando el plumaje –le dije, y me agaché y alcé el ala de un ejemplar especialmente roñoso, para a continuación dejarla caer de nuevo. El animal no presentó defensa alguna. Acto seguido, me limpié asqueada la mano en la falda–. La verdad es que vuestras gallinas no tienen buena pinta. Es lo mismo que si compraras un pájaro desnudo.

Al principio la mujer soltó algún impropio, pero después empezamos a negociar. Era dura de pelar, pero yo estaba necesitada, pues ya había adquirido la gargantilla de Céline. El hambre fomentaba mi elocuencia. Al final destripó sus cinco gallinas y por cuatro centavos me añadió los muslos, las cabezas, los cuellos y las alas. Mi madre podía estar orgullosa de mí, ya que al fin y al cabo negociar me disgusta. Lo coloqué todo en mi cesta de mimbre. La vieja me lanzó una última mirada de desprecio y se dedicó a arran-

car las poco vistosas plumas de las aves. Desplumadas tenían realmente un aspecto mucho más atractivo.

–Mejor sería que fueseis amable con vuestra nuera –le aconsejé al final–, en el caso de que lleguéis a tener una. Será ella quien esté a vuestro lado y se ocupe de vos cuando seáis anciana.

–Si no lo hace, mi hijo le romperá los dientes –me contestó la vieja, tan encantadora.

¡No tenía remedio!

«Vaya vieja antipática –pensé–. ¡Su *belle-fille* debería mearse en su sopa!» A la vuelta adquirí un manojo de zanahorias tiernas y un par de cebollas del año anterior, achaparradas y de olor dulce. Pensando en la sopa se me hizo la boca agua. Tenía ganas de una comida festiva. Y, además, junto al puente tenía su puesto un vendedor de miel. Debía tratarse de los primeros panales de la temporada, ¿o quizá venía del sur?

–Del sur, del sur, señora –me aseguré–. Allí todo está floreciendo. Esto es miel de tomillo del Languedoc, miel de la montaña, fortalece y es aromática, la mejor que podéis encontrar.

Aventaba con un abanico de paja. Las primeras moscas ya estaban allí. Ávida, miré los trozos de panal de un amarillo resplandeciente, un augurio de la dicha, y pegajosos. Olí el néctar de los dioses, lo saboreé, exquisitamente áspero, un verdadero festín primaveral. Ya notaba su consistencia en el paladar, su fragancia, su aroma a prados de montaña floridos, la leve amargura de la cera...

–¿Cuánto? –le pregunté. De alguna manera sonó como si le hubiera puesto un cuchillo en la garganta.

–¿Cuánto lleváis en la bolsa? –me contestó sonriendo seguro de la victoria.

–Un penique y ni una pieza de cobre más.

–Bueno, ¡normalmente un panal cuesta dos piezas de plata!

–¡Entonces deberíais servirla en una copa de oro! ¡Ladrón callejero! ¡Miserable! ¡Alimaña!

Río.

–Está bien, está bien. Ya veo que el apetito os vuelve furiosa y muy atractiva. Me rindo. Os daré tres panales por un centavo.

–¡Cinco!

—¡Cuatro!

—¡A la bolsa!

¿Cómo iba a transportarlos? No podía llevar la miel junto a los despojos de gallina.

—Aquí tenéis, preciosa, además os regalo el bote de cuero endurecido. ¡Recomendad mi puesto y pensad en mí cuando os deleitéis con mi miel! ¡De donde viene hay aún más!

El hombre me sonrió con descaro, me dio un buen repaso con la mirada y me guiñó el ojo. ¿Es que no había visto mi mantilla de viuda? ¡Y a mi edad! ¡Tengo ya veintinueve años, soy una mujer decrepita!

Algo perpleja le entregué el centavo y me fui de allí como una sonámbula. En realidad no sabía si debía sentirme más bien furiosa o halagada. ¿De verdad era aún atractiva?